

Juan Francisco Pardo Molero

## HIJOS DEL DIOS MARTE. HISTORIAS DE SOLDADOS Y ESPÍRITU DE CUERPO EN LOS EJÉRCITOS DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA\*

A lo largo del siglo XVI el oficio de las armas adquirió perfiles que permitieron que se singularizase dentro del prestigio de la nobleza. Si en la dignidad del caballero medieval el arrojo se añadía a la sangre, en el soldado del Renacimiento la pericia y la experiencia sumaban méritos, que añadidos o no a aquéllos, podían ayudar en la construcción de nuevos prototipos militares. Los valores que se sumaron al ejercicio bélico difundidos por cronistas y tratadistas encontraron amplio eco y despertaron admiración en Europa<sup>1</sup>. Comentando el deseo de adquirir “nueva reputación” adoptando hábitos, expresiones y ocupaciones diferentes a los que uno profesaba, Montaigne ponía el ejemplo de “un hombre de vocación jurídica”, el cual,

mené ces jours passés voir une estude fournie de toutes sortes de livres de son mestier, et de toute autre sorte, n'y trouva nulle occasion de s'entretenir.

\* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *El gobierno, la guerra y sus protagonistas en los reinos mediterráneos de la Monarquía Hispánica*, HAR 2008-00512, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>1</sup> De ello da fe la recepción de los tratados de arte militar en España, Francia e Inglaterra,

como han reflejado los trabajos de D. Elitis, *The Military Revolution in Sixteenth-century Europe*, Tauris Publishers, Londres y Nueva York, 1995 y F. González de León, 'Doctors of the Military Discipline': technical expertise and the paradigm of the spanish soldier in the early modern period, «The Sixteenth Century Journal», 27 (1996), pp. 61-86.

Mais il s'arrete à glosser rudement et magistalement une barricade logée sur la vis de l'estude que cent capitaines et soldats rencontrent tous les jour sans remarque et sans ofence<sup>2</sup>.

Este gusto por lo militar, como puede observarse, no provenía únicamente de la gallardía o el coraje de los soldados, sino de los componentes más técnicos y eruditos del arte castrense. La traslación, bien conocida, de prácticas y actitudes del mundo intelectual al militar<sup>3</sup> es uno de los elementos más visibles de los que dieron forma a comienzos de la Edad Moderna al nuevo arte de la guerra, pero no el único. Ni siquiera todos ellos tenían una traza tan aparentemente novedosa. Es más, en la configuración interna de los ejércitos pudieron primar principios, valores y formas organizativas tradicionales, que dieron su impronta a los cuerpos armados y favorecieron su éxito al propiciar su encaje en las estructuras sociales y políticas vigentes.

En este trabajo vamos a estudiar algunos aspectos de la articulación interna de los ejércitos de la Monarquía hispánica sirviéndonos de testimonios cronísticos sobre las guerras de Italia y Flandes, especialmente aquellos que nos den pistas sobre la caracterización de los personajes considerados protagonistas de la guerra, y que, por tanto, encarnaban los valores militares. En los siglos XVI y XVII las historias contadas en crónicas, novelas o relaciones contribuían a construir la reputación de reinos y ejércitos tanto como los triunfos o fracasos en el campo de batalla. Uno de los historiadores más notables de las guerras de Flandes, Carlos Coloma, era bien consciente del riesgo que se corría «por no haber tenido los españoles que han militado en Flandes tanto cuidado de escribir sus hazañas como de hacerlas»<sup>4</sup>. En consecuencia, la elaboración de personajes que encarnaran los valores ideales de la milicia era el vehículo idóneo para asentar la fama militar de las naciones. Tipos como los que frecuentaban tanto las obras históricas o de relación (incluyendo autobiografías de soldados), como también los romances o relatos de ficción servían para difundir valores que se referían a individuos concretos, pero que se basaban en códigos de identidad colectiva<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> *Essais*, I, cap. XVII, en M. de Montaigne, *Oevres complètes*, ed. de A. Thibaudet y M. Rat, Gallimard, París, 1972, pág. 72.

<sup>3</sup> Véase, por todos, C.J. Hernando Sánchez, *Saber y poder. La arquitectura militar en el reinado de Carlos V*, en Ídem, *Las fortificaciones de Carlos V*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000, pp. 21-91.

<sup>4</sup> *Las guerras de los Estados Bajos desde*

*el año de 1588 hasta el de 1599*, prólogo, edición en el vol. II de *Historiadores de sucesos particulares*, tomo XXVIII de la Biblioteca de Autores Españoles, Real Academia Española, Madrid, 1948, p. 2.

<sup>5</sup> Se ha cuestionado la capacidad de obras de este tipo, en particular de las autobiografías de soldados, para revelar las pautas éticas de los personajes, al no ser suficientemente introspectivas, al cen-

## Retratos morales

Al disertar sobre las fortificaciones parece lógico que el jurista de Montaigne retuviese alguno de sus hábitos profesionales, con mayor motivo en una ciencia hecha para la controversia y la argumentación, como era entonces el derecho, lo que también se imponía en las artes de la guerra. Es más, en una época en que lo jurídico invadía todos los ámbitos de lo social, y en que buena parte de las relaciones se explicaban en términos de derecho<sup>6</sup> el ascendente protagonismo de lo militar acaso pueda explicarse en términos análogos a los utilizados para entender las situaciones y relaciones jurídicas del Antiguo Régimen. En este sentido no debe de ser casual que los retratos de soldados, hechos por ellos mismos o por cronistas, novelistas o tratadistas, tiendan a emparentar los valores castrenses con los de la religión, la virtud y de la moral, en modo parecido a como emparentaba con ellos el derecho, pero sin dejar de tener rasgos propios.

Los relatos de las campañas de Italia de la época de Carlos V y de las guerras de Flandes<sup>7</sup>, ya en tiempo de Felipe II, pueden servir a nuestro propósito porque se refieren al nuevo tipo de ejército: profesional, a sueldo, con elevada pericia de sus componentes y que combate en el extranjero. El modelo de soldado de estas fuerzas armadas fue magistralmente trazado hace casi treinta años por Raffaele Puddu<sup>8</sup>. La mayor parte de sus aportaciones siguen vigentes, y el tratamiento que realiza de las fuentes es ejemplar. Acertadamente Puddu ubica el nuevo modelo ético y social del soldado del Renacimiento en un mundo de órdenes y estados, en el que su misión entronca con la defensa de la Cristiandad y de la Iglesia Católica en clave contrarreformista<sup>9</sup>. Pero esta fuerza armada actúa al servicio de la Corona, encarnación del Estado moderno tal y como lo habían definido Vicens o Maravall<sup>10</sup>. Se trata del ejército que, con cierta impropiedad, se ha

trarse sobre todo en la acción, amén de mostrar «un pobre sentido de la disciplina interiorizada», (P.K. Monod, *El poder de los reyes. Monarquía y religión en Europa, 1589-1715*, Alianza Editorial, Madrid, 2001, p. 165), juicio que no comparto, (mi lectura de la bibliografía citada por Monod, particularmente de M. Levisi, *Autobiografías del siglo de oro: Jerónimo de Pasamonte, Alonso de Contreras, Miguel de Castro*, Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1984, difiere de la realizada por aquél).

<sup>6</sup> A.M. Hespanha, *Cultura jurídica europea. Síntesis de un milenio*, Tecnos, Madrid,

2002 pp. 27-28

<sup>7</sup> Como testimonio de ambas épocas, nos centraremos, salvando las distancias de todo orden entre ambos, en las obras de fray Prudencio de Sandoval y Carlos Coloma.

<sup>8</sup> R. Puddu, *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Argos Vergara, Barcelona, 1984 (ed. italiana de 1982).

<sup>9</sup> R. Puddu, *El soldado gentilhombre* cit., pp. 119-147.

<sup>10</sup> A cuyas obras se remite con frecuencia Puddu, especialmente J. Vicens Vives, *Estructura administrativa estatal en los*

tachado a menudo de “permanente”, y que, como tal, constituye uno de los pilares del “Estado moderno”. Así se ha considerado por la mayor parte de la historiografía, fuese cual fuese su orientación<sup>11</sup>. Como ha sido puesto de manifiesto desde, al menos, la década de 1980 (coetáneamente a la aparición del libro de Puddu), la utilización del concepto de Estado para la historia política del Antiguo Régimen implica la proyección de categorías y realidades de los siglos XIX y XX a la época moderna, distorsionando el objeto de estudio e impidiendo la comprensión cabal del mundo político de aquel entonces<sup>12</sup>. Frente a un gobierno, justicia y administración unitarios, características del Estado, los sistemas de poder del Antiguo Régimen reflejan una pluralidad de tradiciones legales y jurídicas que se corresponde con una concepción de lo político basada en la coexistencia, en un mismo ámbito (en un mismo reino), de numerosas corporaciones dotadas de autonomía y jurisdicción propia. La identificación de estas corporaciones con órdenes y estados en tanto que dimensiones de la persona dotaba las relaciones políticas de un carácter eminentemente personal, en el que el talante (religioso, moral, afectivo etc.) y la forma de las vinculaciones entabladas entre los individuos (nunca aislados, sino formando parte de una corporación) encerraban profundos significados que iban más allá de lo puramente administrativo<sup>13</sup>. El ejército no podía ser ajeno a este marco y, en consecuencia, concitó determinados valores y pautas de comportamiento y de identificación que le confirieron un neto carácter corporativo.

Una de las fórmulas con que estos elementos quedan reflejados en las crónicas y relatos de hechos de armas consiste en ensalzar, desde varios puntos de vista, la figura de los capitanes y, en general,

siglos XVI y XVII, en Ídem, *Coyuntura económica y reformismo burgués*, Ariel, Barcelona, 1974, págs. 99-141; J.A. Maravall Casesnoves, *Estado moderno y mentalidad social, siglos XV a XVII*, 2 vols., Revista de Occidente, Madrid, 1972

<sup>11</sup> A título de ejemplo, y por considerar dos tendencias historiográficas marcadamente opuestas, desde el punto de vista funcionalista, Roland Mousnier escribió que el primer estadio del absolutismo se alcanzaba cuando, entre otras cosas, el rey se aseguraba un ejército permanente y los recursos para pagarlo: R. Mousnier, *La monarchie absolue en Europe du Ve siècle à nos jours*, Presses Universitaires de France, Paris, 1982, p. 140 (sobre este tema véanse pp. 89-91 y 140-145); y, con óptica marxista, Perry Anderson ha explicado el papel del ejército en el desarrollo del

Estado absolutista, siguiendo particularmente la interpretación de Victor Kiernan: P. Anderson, *El Estado absolutista, Siglo XXI*, Madrid, 1979 (cito por la 8ª ed., de 1987; la 1ª ed. inglesa es de 1974), pp. 24-28; V.G. Kiernan, *Mercenarios extranjeros y monarquía absoluta*, en T. Aston, comp., *Crisis en Europa, 1560-1660*, Alianza Editorial, Madrid, 1983 (1ª ed. inglesa «Past & Present», 1957), pp. 130-154.

<sup>12</sup> B. Clavero, *Institución política y derecho: desvalimiento del Estado moderno*, en Ídem, *Tantas personas como estados. Por una antropología política de la historia europea*, Tecnos, Madrid, 1986, pp. 13-25 (publicado previamente en la «Revista de Estudios Políticos», en 1981).

<sup>13</sup> B. Clavero, *Tantas personas como estados* cit., passim; A.M. Hespanha, *Cultura jurídica europea* cit., pp. 66-70.

de los oficiales y soldados aventajados. Por ejemplo en lo tocante a la rectitud y piedad. Es el caso de Luis Pizaño, militar que alcanzaría gran renombre en la época del emperador Carlos V, y de quien Sandoval afirma que «fue un valeroso soldado, y junto con esto muy cristiano, y que jamás le vieron tomar el nombre de Dios en la boca si no era para loarle y encomendarse a Él, y en los peligros fue el primero»<sup>14</sup>. En el relato del cronista se diría que esta combinación de valor y devoción hizo posible la promoción de Pizaño desde los grados inferiores de la infantería hasta más altos destinos. Una promoción que también está implícita en la carrera del sargento Santillana, quien, en la batalla de Bicocca había luchado con tanto arrojo que en la siguiente campaña era ya alférez<sup>15</sup>. Junto con el valor y la devoción la pericia también se perfila como uno de los rasgos que definen al soldado y, más aún, al oficial. Se repiten una y otra vez las alusiones al conocimiento técnico de que, en materia especialmente de fortificación y asedios, hacen gala oficiales como Pescara o el marqués del Vasto, en las guerras de Italia, o Alejandro Farnesio, duque de Parma, en las de Flandes, combinado normalmente con un esfuerzo infatigable, desplegados en coyunturas de especial peligro, como en la fortificación de Lodi ante la cercanía del ejército de Francisco I<sup>16</sup>, o en el caso de Parma, cuya «acostumbrada diligencia», es casi un tópico<sup>17</sup>.

En el caso de las guerras de Italia, en particular de la larga campaña que culminó con la batalla de Pavía, la valoración colectiva de las cualidades de los capitanes tiene un significado especial. A diferencia de otras empresas, en esta el mando de las tropas no estaba claramente en manos de un solo general. El virrey Charles de Lannoy y el duque de Borbón rivalizaban por la jefatura del ejército, sin que pudieran hacer demasiada sombra al prestigio de Pescara y Del Vasto, o del cercado Antonio de Leyva. Esto dio lugar a que las decisiones se tomaran de forma colectiva. La insistencia de Sandoval en mencionar el «acuerdo de capitanes» es llamativa<sup>18</sup>. El consejo, avalado por la

<sup>14</sup> P. de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V, máximo, fortísimo, rey católico de España y de las Indias, Islas y Tierra firme del mar Océano*, ed. de Carlos Seco Serrano, 3 vols., Biblioteca de Autores Españoles (tomos. LXXX-LXXXII), Real Academia Española, Madrid, 1955-1956, vol. II, p. 38, col. a.

<sup>15</sup> P. de Sandoval, *Historia cit.*, vol. II, p. 56, col. b.

<sup>16</sup> P. de Sandoval, *Historia cit.*, vol. II, p. 52, col. b.

<sup>17</sup> C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos*

*cit.*, pp. 6, col. b (el duque, «con su acostumbrada diligencia no dejaba cosa por hacer en favor de la jornada», 9, col. b («dos horas antes del día se puso detrás de las dunas de Bergas, para en amaneciendo reconocer los puestos y señalar los cuarteles para alojar todo el campo, como se hizo el día siguiente»), 18, col. b (el duque, aquejado de hidropesía, «con su gran viveza y valor procuraba no rendirse a la enfermedad de suerte que no le divirtiese del cuidado público»).

<sup>18</sup> P. de Sandoval, *Historia cit.*, vol. II, pp. 35, col. b, 37, col. b, 42, col. b, 50, col. a, 68, col. b, etc.

pericia de los jefes que participaban en él, nunca está ausente de los relatos de las guerras de Carlos V y Felipe II, pero en ningún caso es esto tan evidente como en los relatos de los hechos de 1524-1525<sup>19</sup>, cuando la sabiduría de los capitanes estaría detrás de las acertadas decisiones adoptadas y, en definitiva, del triunfo de Pavía. El efecto de la narración no es sólo ponderar una especie de dirección colegiada de la guerra, sino alabar a los «capitanes excelentes y famosos»<sup>20</sup>, como escribe Sandoval refiriéndose a varios de ellos.

### Ética singular

Los oficiales se consagran como el núcleo del ejército imperial y, en general, del aparato bélico de la Monarquía. Gracias a su circulación por los diversos reinos del rey de España, tanto en Europa como en América, se difundieron conocimientos y prácticas sobre la guerra que acabaron configurando un modelo de gestión de lo militar característico de la Monarquía hispánica<sup>21</sup>. El ejército se convierte así en escuela de soldados, adquiriendo un rango pedagógico y ejemplar al que le abocan sus cualidades morales. El servicio en las fuerzas armadas de la Monarquía debe constituir el marco del aprendizaje de las que Coloma llama «reglas de buena soldadesca», que son ajenas al «vulgo y la gente ignorante»<sup>22</sup>. Un aprendizaje que debe facilitar el ejemplo de los capitanes, y de ahí la importancia de afianzar en los relatos las características, técnicas y éticas, que deben adornar a los oficiales. En este punto las crónicas reflejan una ética particular o, al menos, no siempre coincidente con los dictados de la moral cristiana. Sutilmente lo sugiere Coloma cuando se refiere a las muertes heroicas de ciertos soldados que «murieron matando», con lo que alcanzaron «honrado, si no dichoso, fin»<sup>23</sup>.

Testimonios de esta ética propia de los militares se encuentran en comportamientos concretos, que a veces ni siquiera merecen comentario del narrador. Por ejemplo, en la campaña de Lombardía, en una escaramuza ante un lugar asediado, un cabo español utiliza, en pre-

<sup>19</sup> Alejandro Farnesio convocaba frecuentemente el consejo, donde la autoridad de los oficiales más expertos y veteranos era muy tenida en cuenta, pero la narración de Coloma deja bien claro que las decisiones las tomaba aquel (C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., por ejemplo pp. 11 y 15).

<sup>20</sup> Los así calificados son Antonio de Leyva, Hernando de Alarcón y Juan de Urbina (P. de Sandoval, *Historia* cit., vol.

II, p. 42b).

<sup>21</sup> B. Vincent – J.J. Ruiz Ibáñez, *Los siglos XVI y XVII. Política y sociedad*, (Colección Historia de España 3er Milenio) Editorial Síntesis, Madrid, 2007, pp. 186-188, y bibliografía ahí citada.

<sup>22</sup> C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., pp. 12, col. b – 13, col. a.

<sup>23</sup> C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., p. 10, col. b.



sencia del marqués de Pescara, a un niño como señuelo, después de haber utilizado un bonete<sup>24</sup>. Por mucho que sepamos que en aquel tiempo la vida infantil no tuviese la misma consideración que hoy día, el pasaje no deja de estremecer, y choca con exhibiciones, que los cronistas no escatiman, de sentimientos cristianos y nobles por parte de los soldados. Igualmente contrario al Evangelio es otro comportamiento, esta vez del propio Pescara, justificable según la lógica militar, pero no muy cristiano. Al retirarse de Milán en dirección a Lodi, ante el avance del ejército de Francisco I, no pocos soldados imperiales se quedaban rezagados, siendo fácil presa para los franceses y sus aliados. Ante esta «pérdida de soldados», como la califica Sandoval, el marqués de Pescara «no quiso detenerse en socorrerlos por no poner en peligro los muchos deseando librar los pocos». Nada se le podría reprochar a Pescara para mantener su estrategia y la integridad del ejército, pero a cualquier lector de la crónica le llamaría la atención el contraste con la parábola de la oveja perdida (Lc 15, 3-7), que dejaba un tanto huecas las exhortaciones al comportamiento cristiano de los capitanes<sup>25</sup>. Pero el cronista no sólo no censura, sino que justifica la decisión del general en función de lo que sucedería más adelante: si bien algunos de aquellos rezagados acabaron muriendo en el cautiverio, otros fueron intercambiados con prisioneros franceses y el resto «estuvieron en la prisión hasta tanto que con la vitoria de la batalla de Pavía cobraron libertad y grandes riquezas de franceses, que prendieron y tomaron en Milán»<sup>26</sup>. Las decisiones cuestionables moralmente encontraban su razón de ser en el objetivo finalmente conseguido.

Precisamente ese objetivo último, la victoria, no sólo explica retrospectivamente todas las medidas, órdenes y determinaciones de los capitanes, sino que se manifiesta como una convicción que, igualmente, reviste de un halo éticamente particular el comportamiento de aquellos. La fe que demuestra Pescara en su próximo triunfo sobre el rey de Francia sorprende al cronista, que la califica de maravillosa: ante la generosidad que mostraba el capitán con los prisioneros franceses, a los que llegó a liberar inmediatamente después de ocupar un lugar, los soldados se disgustaron por la pérdida de rescates. Pescara

<sup>24</sup> «Estando el marqués y otros soldados en el foso, que aunque era hondo habían cegado, un cabo de escuadra español subió por las piedras caídas de la batería y alzó un bonete colorado en la pica, poco más alto que la muralla. Y después tomó un muchacho y levantóle sobre la muralla, y como ninguno de dentro le tiraba, entendieron que los de la estancia habían huido» (P. de Sandoval, *Historia*

cit., vol. II, p. 69, col. b).

<sup>25</sup> Frecuentes en autores como Guevara: véase al respecto mi trabajo *Capitanes del Renacimiento. Ética militar en la España mediterránea, 1500-1550*, en «Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante», 22 (2004), pp. 87-106.

<sup>26</sup> P. de Sandoval, *Historia* cit., vol. II, pp. 51, col. b - 52, col. a.

les explicó que esperaba con ello que los franceses se ablandasen y diesen mejor trato a los prisioneros españoles. Como el argumento no era muy convincente, también les decía que

ahí les quedaba libertad para mejor rescatarlos cuando con su rey los tor nasen a prender: cosa maravillosa, que jamás fue visto hablar este capitán bienaventurado en esta guerra, sino como quien tenía la vitoria en la mano. Y así una o dos veces le envió el rey con bravata francesa a ofrecer docientos mil ducados porque le saliese a dar la batalla. Él respondió al trompeta que se lo decía: «Decid al rey que si dineros tiene, que los guarde, que yo sé que le serán bien menester para su rescate».

El carácter prodigioso de esta especie de presciencia queda bien claro en la narración de Sandoval, que lo explica en clave casi sagrada: Pescara es tratado de “bienaventurado”, y su fe en la victoria se deriva de la «confianza que en la justicia divina tenía»<sup>27</sup>. La justicia de la causa y la rectitud del capitán andan tan íntimamente unidas que justifican lo acertado de la estrategia de aquella guerra y de las decisiones concretas tomadas a lo largo de la campaña. Pescara y, por extensión, el resto de aquellos «excelentes y famosos capitanes» quedan investidos de la condición de instrumentos de la Providencia, a cuyo servicio ponen toda su pericia. Esta consideración trascendente del oficio de las armas refuerza la impresión de una moral propia, característica de dicho oficio: la «virtud militar», de que habla Coloma, que ha de estar hecha de valores de esfuerzo, como la «disciplina y la obediencia», que constituyen la «principal fuerza» de la milicia<sup>28</sup>, pero que también contempla excepciones, en función de sus objetivos, a la moral común cristiana.

El éxito de este proceso educativo se evidenciaba en el aspecto guerrero que adquirirían los soldados en contacto con buenos capitanes. Así, a la salida del ejército imperial de Lodi, el 24 de enero de 1525, y ante la vista de los seis mil infantes españoles que mandaba el marqués de Pescara, cuenta Sandoval que «el capitán Chuchar, albanés, recibió tanto contento de su buen semblante, que los llamó este mismo día hijos del dios Marte»<sup>29</sup>.

## Cuerpos y afectos

La conciencia de grupo que, a través de estas conductas particulares, podían desarrollar los soldados no hacía sino afianzar el

<sup>27</sup> P. de Sandoval, *Historia* cit., vol. II, p. 57, col. a. *Bajos* cit., pp. 5, col. b, 12, col. a y 16, col. a.

<sup>28</sup> C. Coloma, *Las guerras de los Estados* 68, col. a. <sup>29</sup> P. de Sandoval, *Historia* cit., vol. II, p.



carácter del ejército como cuerpo, sujeto de un conocimiento específico, de una forma de aprendizaje y de unas pautas determinadas de comportamiento. Cuerpo que no dejaba de estar organizado con criterio estamental. Así, los capitanes por una parte tienen que dar ejemplo a la tropa<sup>30</sup>, pero, por otra parte, no tienen por qué «dar cuenta a los soldados de lo que quieren hacer»<sup>31</sup>. No estamos tan sólo ante un principio de jerarquía de mando y de disciplina, sino más bien frente a la dignidad y preeminencias particulares que confiere el oficio, especialmente el de capitán, dentro de la corporación militar. Con arreglo a ello se establecen los vínculos entre oficiales y soldados.

El paternalismo de los mandos refleja esta manera de superioridad, que es inherente al oficial sobre todo cuando dirige al ejército o a una parte importante del mismo. «Hijos y hermanos míos», llama Pescara a sus hombres<sup>32</sup> (como harán tantos generales de los Tercios), marcando la sumisión de la tropa, pero también la igualdad esencial dentro del cuerpo militar. Del mismo modo, Coloma recuerda «el amor que los soldados del tercio viejo tenían a Don Sancho de Leiva, su maese de campo»<sup>33</sup>. Como en la sociedad de estados, donde la desigualdad jurídica convive con la igualdad fundamental en dignidad de las personas<sup>34</sup>, en el ejército la pertenencia al mismo cuerpo instaura una identidad básica entre sus miembros, perfectamente compatible con la necesidad de gobierno, y la consiguiente subordinación que implica el desempeño de funciones distintas, lo que acarrea un grado de honor determinado para cada una de ellas. Con ese mismo sentimiento paternal, el jefe dirige a sus hombres palabras «graciosas»<sup>35</sup>, encaminadas a mantener el ánimo y la predisposición a los sacrificios que exige la guerra, o hace ver a sus soldados la «estima que de ellos tenía»<sup>36</sup>, con lo que tiende vínculos de afecto con la tropa.

En tanto que sentimiento encaminado a conservar la unidad de cualquier cuerpo, el afecto constituía un componente esencial de las instituciones corporativas del Antiguo Régimen<sup>37</sup>. Así los lazos afectivos ayudan a explicar la solidez del ejército de los Austrias<sup>38</sup>. Los

<sup>30</sup> C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., p. 9, col. b.

<sup>31</sup> P. de Sandoval, *Historia* cit., vol. II, p. 46, col. b.

<sup>32</sup> P. de Sandoval, *Historia* cit., vol. II, p. 55, col. a.

<sup>33</sup> C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., p. 19, col. b.

<sup>34</sup> A. M. Hespanha, *Cultura jurídica europea* cit., pp. 64-66.

<sup>35</sup> P. de Sandoval, *Historia* cit., vol. II, p. 56, col. a.

<sup>36</sup> P. de Sandoval, *Historia* cit., vol. II, p.

67, col. a.

<sup>37</sup> A. M. Hespanha, *Cultura jurídica europea* cit., pp. 44-45, 60.

<sup>38</sup> Aunque Coloma se dice ajeno al amor y al odio, se refiere a su libertad con respecto a las pasiones a la hora de juzgar los méritos de cada cual: «siempre procuraré no defraudar, con toda igualdad, el premio a la virtud donde la topare, sin alterar esta balanza el odio ni el amor, afectos de que se desvía mucho mi condición» (C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., p. 4, col. b).

generales no escatimaban las muestras de afecto hacia la tropa, al tiempo que estimulaban la formación de lazos de amistad entre los soldados, y no dudaban en aprovecharlos. En primer lugar entre los oficiales, especialmente los capitanes, y sus subordinados. Coloma recuerda cómo el sargento Limón salvó a su antiguo capitán en una apurada retirada<sup>39</sup>. Asimismo el aprecio de los capitanes contribuye a mantener unidas las compañías, como se adujo cuando, al reorganizarse veintidós compañías españolas a fines de 1588, el duque de Parma decidió dejar doce de ellas, venidas de Cataluña, al cuidado de oficiales catalanes<sup>40</sup>. Cualquier escritor de materia militar comprendía el valor de las relaciones de amistad y compañerismo que debían entablar los miembros de las compañías y escuadras. Jerónimo de Urrea, que se lamenta de que «los amigos de hoy tengamos tan poco amor y respeto al amistad», no duda en ensalzar «aquella manera de amistad que usavan los valerosos soldados antiguos»<sup>41</sup>. A fomentar la buena armonía entre los “camaradas” se encaminaban los esfuerzos de tratadistas y capitanes. No son anecdóticas las historias de amistad entre soldados recogidas por los cronistas, como la que había entre el alférez Diego de Cisneros y Francisco Romero, «estrechos amigos»<sup>42</sup>: ese vínculo afectivo fue la clave para llevar a cabo una peligrosa misión: ambos fingieron pasarse al campo del rey de Francia para hacer llegar dinero a la asediada Pavía. La audacia de la empresa y el buen éxito cosechado avalan en el relato la importancia de la amistad<sup>42</sup>.

La formación y conservación de vínculos afectivos entre oficiales y tropa y entre los soldados hacía posible la existencia del ejército y de sus partes como corporación. Expresiones como “cuerpo de ejército”, o “cuerpo de x hombres”, frecuentemente empleadas, traducen la idea corporativa con que debe entenderse la fuerza militar, que puede ponerse en relación con los esquemas organicistas sobre la sociedad. Como cuerpo, el ejército tiene también cabeza y miembros, y las partes que lo componen también tienen sus cabezas respectivas, unidos

<sup>39</sup> «A don Alonso de Idiáquez, que aunque capitán de una compañía de caballos que vacó por muerte de don Luis de Borja, quiso hallarse como infante en esta ocasión, le salvó a nado sobre sus hombros el sargento Limón, que había sido soldado de su compañía de infantería» (C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., p. 10, col. b).

<sup>40</sup> Esas compañías, que se pusieron bajo las órdenes de don Luis de Queralt, «quedaron en forma de tercio por justas consideraciones, en orden a que se conservase aquella gente, sacada el vulgo della de los

bandos de Cataluña, con el amor de los capitanes y oficiales de su nación, mucha gente noble con quien se habían familiarizado» (C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., p. 6, col. b).

<sup>41</sup> J. de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar, que tracta cómo se ha de conformar la honra con la consciencia*, Ioan Grifo, Venecia, 1566, ff. 3v y 31r (la segunda frase citada por extenso por R. Puddu, *El soldado gentilhombre* cit., p. 136).

<sup>42</sup> P. de Sandoval, *Historia* cit., vol. II, pp. 60, col. a – 63, col. b.

todos, como los organismos aristotélicos, en función de causas finales (el amor, los afectos). Esa misma intención corporativa se puede aplicar a las “naciones” que forman el ejército, corporaciones de naturales sujetos de honra<sup>43</sup>. En esta perspectiva, la utilización de otras metáforas puede añadir nuevos significados. Coloma habla de la Armada de 1588 como «aquella gran máquina»<sup>44</sup>, lo que acaso encierre una crítica, ya que la máquina, como producto mecánico, está desprovisto de cualidades animadas, a diferencia de los organismos. Asimismo interesa su definición del general, «verdadero crisol donde se apura el oro de las acciones militares, y piedra de toque del valor de todas las naciones»<sup>45</sup>. Las alusiones casi alquímicas sitúan al capitán en un plano iniciático, como poseedor de una sabiduría mágica, capaz de elevar cosas y personas por encima de su naturaleza. Estos significados no podían escapar a Coloma<sup>46</sup>, quien se servía de tales expresiones probablemente con el objeto de reforzar el carácter corporativo y trascendente del ejército. Encaminados a un fin sagrado, o, como mínimo, legitimado por la justicia y la religión, los cuerpos armados no podían ser percibidos como meros agentes de un poder supuestamente estatal, sino como órganos de una monarquía corporativa cuyo orden era de naturaleza trascendente. Esta conformación resultaba lógica en un mundo estamental: la sociedad de órdenes y corporaciones inspiraba las pautas de formación de ejércitos. Lejos de constituirse desde la nada, el ejército real se inserta en las estructuras ya existentes.

La imagen del ejército como cuerpo quedaba bien patente cuando ejecutaba «ejercicios militares»; vividas como una auténtica fiesta, las maniobras con que el duque de Parma entretenía a sus tropas en espera de la Armada de Inglaterra («disponer la gente en batalla, hacer y deshacer los escuadrones») fueron ocasión de «alegría y alborozo universal»<sup>47</sup>. Pero en ningún otro momento ese espíritu de cuerpo se revelaba con tanta claridad como en la reformación de un tercio. Considerado un episodio triste, casi trágico, la disolución del tercio y la distribución de sus efectivos entre el resto del ejército significaba la pérdida de la identidad corporativa. El simbolismo de la rotura de las astas de las banderas, de las alabardas de los sargentos y de las charreteras de los oficiales, recogido por Parker al comentar la reformación del tercio de Lombardía, no puede ser más elocuente: los emblemas de auto-

<sup>43</sup> Como se desprende del prólogo de Coloma: C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., pp. 2-3.

<sup>44</sup> C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., p. 7, col. a.

<sup>45</sup> C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., p. 4, col. b.

<sup>46</sup> Organicismo aristotélico, mecanicismo

y platonismo mágico eran las tres tradiciones de la ciencia en los siglos XVI y XVII, según explica magistralmente H. Kerney, *Orígenes de la ciencia moderna, 1500-1700*, Guadarrama, Madrid, 1970, 1ª ed. inglesa, 1970).

<sup>47</sup> C. Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos* cit., p. 7, col. a.

ridad, jurisdicción y representación de la Corona dejan de tener sentido, y con ellos desaparece el prestigio y la honra de la unidad. Más aún en este caso, pues, según escribió Coloma, el tercio de Lombardía era «padre de todos los demás y seminario de los mayores soldados que ha visto en nuestro tiempo Europa»<sup>48</sup>: doble condición orgánica y pedagógica que debía constituir la esencia del ejército.

## Colofón

En un artículo sobre *Cervantes y el mundo musulmán*<sup>49</sup>, Juan Goytisolo ha insistido en uno de sus temas favoritos: la influencia de la cultura islámica sobre Miguel de Cervantes y su obra. Nadie la negará, a estas alturas, y menos ante las aportaciones de investigadores tan autorizados como Márquez Villanueva. Sin cuestionar la posible hostilidad cervantina a «los mitos nacionales y religiosos de la honra y la limpieza de sangre», sí podría subrayarse su contribución a fijar otros mitos no menos “nacionales”, como el de la superioridad de las armas hispanas en el teatro del mundo. Superioridad militar y moral, como se trasluce en un pasaje del *Persiles*, en el que uno de los personajes, irónicamente llamado «bárbaro español», recuerda su pasado en los ejércitos de Carlos V y las victorias que obtuvo en las campañas imperiales:

Fueme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el emperador, tuve amigos y, sobre todo, aprendí a ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano<sup>50</sup>.

Las frecuentes “autobiografías” incluidas en las obras de Cervantes, al igual que las vidas de soldados españoles que corrieron impresas o manuscritas en los siglos XVI y XVII, no sólo recogen escenas bélicas y aventuras de capa y espada. Mediante muy diversos recursos literarios también reflejan fragmentos de la conciencia individual y valores compartidos en torno a determinadas situaciones sociales<sup>51</sup>. En el caso concreto de los militares, la maestría cervantina nos proporciona las principales claves de una identidad corporativa fraguada, al menos, desde principios del siglo XVI, en la que el ejercicio de las armas, la honra y la amistad constituían formas de aprendizaje.

<sup>48</sup> G. Parker, *El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659*, Alianza Editorial, Madrid, 1985 (1ª ed. inglesa, 1976), p. 270; en general sobre la reforma pp. 268-271, incluyendo también la reforma del tercio de Cerdeña, sobre la cual puede verse G.P. Tore, *El tercio de Cerdeña (1565-1568). Contributo allo studio*

*delle istituzioni militari nel Regno di Sardegna*, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Cagliari, 2006, pp. 180-183.

<sup>49</sup> «El País», 21 de agosto de 2010.

<sup>50</sup> *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Libro I, Cap. V (ed. de Carlos Romero Muñoz, Cátedra, Madrid, 5ª, 2004, p. 162).

<sup>51</sup> M. Levisi, *Autobiografías del siglo de oro* cit.